

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

98

VICENTE SAENZ
PASADO, PRESENTE
Y PORVENIR
DE CENTRO AMERICA



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

VICENTE SAENZ
**PASADO PRESENTE
Y PORVENIR
DE CENTRO AMERICA**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS
Facultad de Filosofía y Letras
UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

Vicente Sáenz (1896-1968) nacido en Costa Rica, historiador, sociólogo, conocedor de la realidad latinoamericana y, en forma muy especial, del área de la que es parte su patria, Centro América y el Caribe. Perteneció a la generación antimperialista que se nutrió en Martí, Rodó, Vasconcelos, Ingenieros, Ugarte y muchos otros. A lo largo de su amplia obra hace la denuncia del imperialismo estadounidense, se muestran sus abusos y crímenes, y se ensalzan figuras, como la de Sandino, que han sabido combatirlos. Publicó, entre otros libros, los titulados *Rompiendo Cadenas*, *Raíz y Ala de José Martí*; *América hoy como ayer*; *Hispanoamérica contra el coloniaje*; *Vidas Ejemplares* y *Nuestra América en la Cruz*, En este trabajo resume la historia de Centro América, de sus problemas y de su porvenir. La historia de un trozo de esta nuestra América que ha sido objeto de continuas agresiones. Agresiones frente a las cuales sus pueblos han reaccionado heroicamente, como ha sucedido, en estos últimos días en Nicaragua.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR DE CENTRO AMÉRICA

Por Vicente Sáenz

No encuentro título mejor para este trabajo que el del encabezamiento. Porque eso es, en resumen y en forma muy sintética, lo que creo más oportuno ofrecer a los lectores: una reseña del pasado, el presente y el porvenir de Centro América, explicando tan sencillamente como sea posible, basado en realidades, lo que otros suelen confundir por la obsesión de buscar "interpretaciones", más o menos aceptables o más o menos retorcidas, a la luz o a la sombra de ésta o de aquella doctrina filosófica.

Mala cara pondría sin duda don Carlos Marx —si de pronto se encontrase de nuevo en este valle de lágrimas para unos, y de placeres para otros— al ver y oír tantas cosas como se dicen y se hacen en su nombre.

Exclamaría, por lo menos, que le está sucediendo lo mismo que a la democracia. Después de mucho predicarla, la ponen en trance de naufragar aquellos que se valen de doctrina tan dignificadora para otros fines que no han de ser, precisamente, los que conduzcan a una transformación política, social y económica de honda raigambre democrática, en el mas amplio sentido de la palabra.

Comprenderán los lectores que muy bien podría emplear en este caso, al hablar de transformación económica y política, vocablos de factura o de manufactura "técnica", que por lo traídos y lo llevados han venido a ser comunes: infraestructura, superestructura, dialéctica hegeliana, tesis, antítesis, síntesis, etcétera.

¡Bien cabría todo eso! Pero ya voy entrando en disquisiciones, y aún imaginándome el fruncido ceño del fundador del socialismo científico, al ver el estado en que lo dejan quienes acostumbran apegarse más a la teoría —a lo que hoy toma la misteriosa calificación de "tácticas"—, que a los hechos claros y precisos; a la Historia, en suma, que es la vida de los pueblos.

Dejo por consiguiente el preámbulo, y me acojo, sin más demora, a realidades concretas desde el punto de vista histórico.

He sostenido en mis cátedras de Historia de América que la lucha pro independencia y libertad, quedó planteada en nuestro continente a poco de iniciarse la conquista.

Y no porque la gran masa indígena, vencida por las armas o catequizada por la fe, sumisa, víctima de la servidumbre, desmoralizada, desposeída, se enfrentase a los estamentos directores de la sociedad en la época de la Colonia.

No. La lucha se entabló desde un principio entre las mismas clases poseedoras. Contra la autoridad real, contra el Estado, contra la metrópoli; contra la burocracia peninsular de virreyes, capitanes generales, jueces, visitadores, tesoreros de la Corona, audiencias, oidores, factores y demás funcionarios; incluso contra las misericordiosas Leyes de Indias —que sólo en mínima parte se cumplieron— inspiradas por dominicos y franciscanos, empezaron su oposición de los conquistadores, los encomenderos los *hombres de garra*, que se habían ido posesionando de la tierra, de los indios y sus familiares como esclavos, de las minas, de todo lo que significaba dominio económico.

De modo que las raíces de la independencia —asegura dentro de la misma tesis Jorge García Granados— “no se encuentran en el periodo inmediatamente anterior a ella, sino que el conflicto duró *en potencia* tres centurias”. Y agrega:

“Desde los primeros tiempos se suceden los asesinatos, se multiplican las conspiraciones y aun se llega a la guerra civil, como en el Perú. Colón regresa de su tercer viaje cargado de Cadenas; Cortés muere en desgracia; Núñez de Balboa y Gonzalo Pizarro, hermano de don Francisco, acaban en el cadalso; los hermanos Contreras en el desastre de una sublevación oscura; nadie está libre de un proceso ni de la muerte, porque las denuncias llevan todos los días, al rey y a sus consejos, grande alarma respecto a los planes de los conquistadores.

“El hecho escueto es que los españoles avecindados en las colonias, aspiran a formar una aristocracia dominadora, considerando injusto y tiránico cuanto se oponga a sus aspiraciones. Nuevos intereses económicos los hacen apartarse de la metrópoli y sentirse individuos de otra colectividad.

“Continúan siendo españoles, pero españoles de América, ya no de España. Su enemigo natural es precisamente el español peninsular —el “europeo”— que por merced del

monarca, y sin conocer siquiera el país en que vive el criollo americano, le disputa la hegemonía de lo que él considera su patria, le arrebató las prebendas y legisla a su favor sobre la propiedad de los encomenderos, sobre las minas y demás fuentes de riqueza”.

Esta era, pues, la situación de nuestra América, durante sus tres largos siglos de coloniaje, hasta que corrientes ideológicas mundiales y acontecimientos políticos determinados vinieron a propiciar, en el momento oportuno, la ruptura de los lazos que ligaban a las colonias con la metrópoli.

¿Y cuál fue ese momento oportuno? ¿Cómo y cuándo pudo madurar el movimiento hispanoamericano de liberación?

La respuesta es bien sencilla: cuando las minorías intelectual y moralmente selectas de nuestros países captan y pregonan el ideario de libertad del viejo mundo, sobre todo el de los enciclopedistas franceses, quienes durante el siglo XVIII reaccionaban, con decisión extraordinaria, contra las desigualdades y las injusticias del antiguo régimen. Estaban ellos proporcionando a los pueblos europeos —y también a los de América, desde el otro lado del mar!— la doctrina democrática que fue la base de la revolución francesa.

Llegaba la propaganda —libertad, igualdad, fraternidad— en los mismos barcos que traían productos manufacturados de la metrópoli, *a precios altos de monopolio*, en tanto que se llevan nuestras materias primas *al bajo precio* que les quisieran fijar las compañías concesionarias españolas.

Abusos semejantes provocaron la independencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica, que junto con la revolución del 89 contra el absolutismo de los Borbones, formaron un “clima”, una “psicosis” mundial que negaba el derecho divino de los reyes, que proclamaba la igualdad entre los hombres y que ya no quería tolerar el formidable poder económico del clero.

Ese “clima”, en mayor o menor grado, alcanzó al imperio colonial de España, como reflejo de lo que ocurría en Europa y en los Estados Unidos, no obstante el analfabetismo de las grandes masas de indígenas, de mulatos, de zambos y de “pardos” de un extremo al otro de la América española.

¿Valdría la pena entrar aquí en consideraciones sobre lo que debe entenderse por analfabetismo? ¿Será necesario recordar cómo insignes letrados de nuestras pobres re-

públicas han sido los más grandes enemigos de la dignidad humana, en pugna con analfabetos que no sabían leer los signos gráficos del pensamiento, pero que sí entendían y sentían el modo de pensar de los libertadores?

Este último es el caso de los húsares de Junín, de los mexicanos que seguían a Hidalgo y a Morelos, de los gauchos argentinos, de los llaneros tropicales, de toda nuestra heroica pléyade de soldados *poco leídos*, pero que saltaban victoriosos de cumbre en cumbre, recorrían llanos, bajaban a los abismos y salían por doquier al paso de los realistas, hasta dar su golpe definitivo, en Ayacucho, a la dominación de la España imperial en nuestro medio.

Adviértase que ese gran movimiento continental, contra Bonaparte como pretexto y después contra la monstruosidad y la traición personificadas en Fernando VII, se hizo simultáneamente, de norte a sur y de este a oeste, en todas las colonias que explotaba España en el hemisferio occidental.

Ya se ha dicho que se había formado un “clima” psicológico que nos llegó de Europa, pudiendo dar su fruto tanto en México como en Venezuela, en Chile como en la Argentina, sin que Hidalgo se hubiese puesto de acuerdo con Miranda o San Martín, ni Morelos con Bolívar o con O’Higgins.

Épocas o períodos caóticos

Después, las épocas caóticas. No triunfaron los pueblos. No triunfaron las grandes mayorías desposeídas. La victoria fue de los criollos, del clero rico (no de los humildes sacerdotes proletarios), de los latifundistas, de las clases dominantes, en fin, que deseaban el poder político, y que lograron obtenerlo con la independencia.

Los verdaderos insurgentes, los que sí pensaban abatir o por lo menos frenar un poco al poseedor, tomando como ejemplo el caso de México, fueron fusilados y posteriormente aprovechados o engañados en nombre de la independencia —Guerrero con el Plan de Iguala—, en más de una década de incesante lucha. Aquellos grandes y gloriosos rebeldes, tuvieron entonces que dejar su sitio a quienes en las primeras batallas habían sido los más crueles y sanguinarios defensores de la monarquía peninsular.

Sacrificado Hidalgo, sacrificado Allende, sacrificado Morelos, sacrificado Mina, convertida en humo la Constitución de Apatzingán, nos encontramos con una independen-

cia ultimada por el realista Iturbide, merced al dicho Plan de Iguala y a los Tratados de Córdoba.

Hábilmente se confeccionó *el nuevo orden* en las reuniones de la Profesa, donde canónigos y algunas mitras; comerciantes peninsulares con grandes intereses que defender; aristócratas criollos, que seguían siendo partidarios de Fernando VII o de cualquier otro absolutismo; nobles de ultramar llegados a estas tierras en servicio de la Corona; tantos otros enemigos poderosos, resumiendo, de los únicos que merecían el calificativo de revolucionarios, se sintieron de pronto conmovidos por ansias de reivindicación autonomista: es decir, la suya, que no era ni mucho menos la del pueblo.

Todo eso dio origen al imperio iturbidista y al periodo caótico que habría de seguir a tan flamante régimen. Nótese, como experiencia digna de estudiarse en nuestros días, que la consumación de la independencia mexicana por Iturbide, con su Plan y los convenios de Córdoba, no fue sino el resultado de lo que ahora se llamaría *unidad*.

Con esta simple palabra, a la que no pocos partidarios de la "táctica" le dan poderes mágicos o sobrenaturales, se pretende echar en un mismo costal a monárquicos de pies a cabeza; a fascistas redomados de hace pocos meses; a poderosos industriales; a obispos y arzobispos de los que en España firmaron la Carta Pastoral en favor de la matanza del pueblo *católico* peninsular, que andaba mosquetón al hombro defendiéndose de falangistas y traidores; a todos los que quieran unirse a ciertos grupos mal llamados izquierdistas —¡e izquierdistas de hueso al rojo vivo!—, con objeto de librar descomunal batalla contra las fuerzas totalitarias de Berlín, de Tokio y de otras capitales.

También, si ello es posible —¡Washington y Londres apoyan al Madrid de Franco!—, contra el ya referido vaticanista indulgenciado, "con voluntad de imperio", a pesar de que lo siguen bendiciendo y ensalzando los reaccionarios de todos los matices, a quienes "tácticamente" pretenden atraerse los del pueril extremismo colorado.

Cae de su peso que no quieren sacar experiencia de la historia quienes predicán cosa tan absurda. Y para demostrarlo insisto en el caso de México, por lo que esta generosa república significa para Centro América, y por moverse aquí algunas de las citadas agrupaciones que al hablar de "perspicacia política", guiñando el ojo, dan la impresión de no comprender que los del bando contrario —¡los cavernarios invitados a unificarse!— también saben guiñarlo, puesto que debe presumirse, salvo mejor opinión,

que los que tanto han medrado y explotado al prójimo, no pueden ser, ayer ni hogaño, inocentes bobalicones sin pizca de entendimiento.

Pues bien, arriba quedó expuesto lo que vino a suceder con la *unidad* en torno de Iturbide, y con la **derrota** consiguiente de las aspiraciones populares: **el imperio, de primera entrada**; y a poco andar un caos de tal naturaleza que le hizo perder a México la mitad de su territorio, después de la separación de Texas, viéndose por otra parte sometido nuestro heroico hermano mayor, por una u otra causa, a intervenciones extranjeras que nunca fue posible dilucidar a la luz —*generalmente opacada*— de la Doctrina de Monroe.

Pero hay todavía otro ejemplo, a propósito de tan singular clase de *unidad*. ¿Ignoran acaso los teorizantes de 1944 que el mejor apoyo al porfirismo, en lo que tuvo de paso atrás: desde la tolerancia en lo que atañe a las leyes de reforma hasta la entrega del país al capital monopolista extranjero: ignoran que todo eso se construyó con argamasa de *unidad*?

¡Junto a liberales moderados y a liberales extremistas o jacobinos, entraron a cooperar en la administración nada menos que el Regente del imperio de Maximiliano, el famoso arzobispo don Pelagio Labastida y Dávalos, en la muy grata compañía del obispo de San Luis Potosí, Monseñor Ignacio Montes de Oca, y de éste o aquél delegado en la Comisión conservadora que ofreció al archiduque austríaco la corona imperial!

Témanle a esa clase de contubernios —tan contrarios a los frentes populares, que sí eran capaces de cohesionar a los partidos efectivamente progresistas, en lucha decisiva contra la caverna interior e internacional—; témanle a esa clase de *unidad* los demócratas sinceros, que no van por caminos equivocados o tortuosos.

¡A la unidad con Halifaxes, Darlanes o Bodoglios —estilo Naciones Unidas—, al confusionismo, al apaciguamiento en cualquiera de sus formas, a tanta complicidad o incomprensión que, por otra parte, cohibe a mentes generosas para enfrentarse a los tiranos de por estas latitudes, con sus leguleyos cómplices del imperialismo extranjero, con sus machetes y levitas, que de Pearl Harbor a la fecha se han convertido en defensores de la democracia en nuestro continente! . . .

Témanle, que ya don Porfirio —de alta talla si se le compara con los mediocres personajes del viejo mundo en descomposición— pudo demostrar que semejante forma de

unidad bien habría de servirle para sus treinta largos años de dictadura. ¡Tal vino a ser el remate del periodo caótico iniciado en la Profesa, que azotó a los mexicanos durante más de cuarenta años!

Entra en escena un nuevo factor

Habrán quienes afirmen que los periodos caóticos del siglo pasado y en lo que va de esta centuria, desde México hasta la Patagonia, pasando por lo que fue la gran federación boliviana, no se deben a la *unidad* sino a todo lo contrario; es decir, a que esa *unidad* se hubiese roto.

Sean servidos de observar los que tengan tal opinión, que con mantenerse unidos los criollos, los "europeos", el clero en su carácter de institución capitalista, los terratenientes y las demás castas privilegiadas de la sociedad, sí es probable que se hubiera evitado tanto caos; pero es seguro, en cambio, que tan maravilloso "orden" en favor de los de arriba y en perjuicio de los de abajo, sólo se habría podido lograr a costa de la más horrenda servidumbre y de la más infamante esclavitud de las grandes mayorías hispanoamericanas.

Afortunadamente la Historia no se hace con "lo que hubiera podido suceder", sino con lo que ha ocurrido, con lo que está sucediendo ahora mismo. Y como se había formado en nuestra América el "clima" de libertad a que antes creí necesario referirme, fue un tercer factor, en el sur, en el centro y en el norte, el que no permitió que la aristocracia criolla disfrutara impunemente, ni durante tiempo indefinido, de sus privilegios y de sus prebendas,

Podrá llamarse a este factor clase media de vanguardia; intelectuales avanzados; profesionales ávidos de destacarse; sacerdotes sin esperanza de vestir nunca con el morado de los monseñores; hombres del pueblo, que tomaron las armas tras la esperanza de una vida mejor; artesanos que comprendían no haber salido gananciosos, poco ni mucho, con que el bastón de mando lo hubiesen pasado, los españoles de Europa, a los españoles-criollos de América.

Todos estos elementos, no hay duda, formaron el tercer factor; pero impelidos por algo que llevaban en lo más hondo de su conciencia: el ser "pardos", el ser mulatos, el ser zambos, el ser mestizos, el haber peleado como nadie lo había hecho en el nuevo mundo por la libertad, y seguir siendo a la postre lo que fueron durante la colonia.

Y empezó entonces la era de los levantamientos, de los

cuartelazos, de ese caos continental arriba mencionado, consecuencia lógica de que no hubieran vencido los Morelos sino los Iturbides, con el respaldo de la Profesa; de que el venezolano Páez y lo que él representaba, a pesar de la intervención siempre noble y oportuna de Bolívar, no hubiera podido entenderse con el colombiano de prosapia, Francisco de Paula Santander; de que los criollos —aristocracia y plutocracia— se creyeran herederos legítimos de virreyes, capitanes generales, de toda la gama burocrática peninsular, reuniendo al fin en sus manos el poder político y gran parte del poder económico de las antiguas colonias; en muy pocas palabras, *de que no hubiese cuajado la revolución al mismo tiempo que la independencia.*

Mas contra los cavernarios, teóricos, orgullosos, sin arraigo popular, enemigos jurados de la “chusma”, se fueron preparando especialmente los mestizos, inquietos, batalladores, impetuosos, dirigidos por caudillos mal o bien llamados fuertes, generalmente brutales, que en diversas repúblicas de la América española lograron dominar a la plutoaristocracia directora, hasta conseguir su aniquilamiento —en parte al menos— como casta privilegiada.

Escrito lo anterior a grandes rasgos, en forma panorámica, sólo restaría decir que Centro América presentaba un cuadro semejante, Allí la autonomía nos llegó como regalo de los gloriosos libertadores del resto del continente, fecundada esa conquista con la sangre de mexicanos y de sudamericanos, sin que nuestros tatarabuelos tuviesen necesidad de derramar la suya.

A título gratuito obtuvimos pues la independencia. Sin oposición del Capitán General de Guatemala, don Gabino Gaínza, quien antes bien estuvo de acuerdo en contribuir a ella sin ejércitos realistas, oponiéndose a la voluntad de los cabildos. Sin el más leve asomo de violencia, puesto que era nuestra emancipación —parece indispensable repetirlo— como un reflejo de la enorme epopeya realizada en el sur y en el norte.

Pero teníamos también en aquella tierra de volcanes, de lagos y de istmos para futuras empresas canaleras, nuestra aristocracia criolla, nuestro círculo dominador, el núcleo clerical aprovechado, los españolistas fernandinos, de donde saldrían los *cachurecos* o conservadores más retardatarios.

Y teníamos, a la vez, el movimiento arriba mencionado de los mestizos; y aun de blancos eminentes por su sabiduría, próceras figuras que los reaccionarios apreciaban

como suyas; y el dinamismo de una clase media, ávida de poseer y de saber.

De este último núcleo surgieron nuestros partidos liberales, a los que llaman *rojos* o *fiebras las cultas* y piadosas gentes del otro lado. Dichos partidos liberales eran afines de los que se formaban simultáneamente en la América del Sur con ese nombre, y de los grupos federalistas mexicanos en pugna con los centralistas.

*A cien años de distancia
se oye más fuerte la voz de Morazán*

De los liberales genuinos era el hondureño Francisco Morazán, tan austero, empeñoso y decidido en el poder, como don Valentín Gómez Farías; o como el doctor Mora, Rodríguez Puebla y Gorostiza; o como demostraron serlo posteriormente aquellos ilustres mexicanos que forjaron la Constitución de 1857; e incluso como el Benemérito inmortal de las Américas, licenciado don Benito Juárez.

Nació Morazán el 3 de octubre de 1792, en lo que era y sigue siendo Tegucigalpa. Muy joven todavía comenzó a destacarse en la vida pública hondureña, habiendo ocupado la posición de Secretario General del Gobierno cuando apenas había cumplido 32 años, y la de Presidente del Consejo Representativo de su Estado natal, a la edad de 34.

Ya para esa fecha comenzaba en Centro América la lucha feroz de los de abajo contra los de arriba, o sea contra los criollos y aristócratas de diversos matices, encabezados en Guatemala por el Presidente de la Federación, Manuel José Arce, adversario de la Carta Fundamental de 1824.

Deseoso de imponer su centralismo —por impuestos de más o de menos que hubieran podido arreglarse—, el más alto funcionario federal, el primer gobernante de Centro América, se lanzó en 1827 sobre Comayagua, entonces capital de Honduras, y tomó presos al jefe de ese Estado y al de la propia Guatemala.

En tales emergencias la figura de Morazán adquiere sus más altos relieves, tanto en lo civil frente a complicados problemas, como en lo militar, librando memorables y siempre victoriosas batallas, hasta sitiar y dominar a Guatemala en 1829, lo que dio lugar a la caída del Presidente Arce.

Sería imposible esbozar en este trabajo, forzosamente resumido, una relación detallada de lo que hizo y de lo que no pudo hacer este valor auténtico de nuestra América. Lo interesante es darse cuenta de su modo de pensar, de su

afán de progreso, del espíritu que lo animaba para enfrentarse a tantas incompreensiones y a enemigos, de tal manera poderosos, como los que obstaculizaban su labor.

Baste decir que a la sazón prevalecía en nuestro medio, con los episcopales y los criollos en el poder de la antigua Capitanía General, el odio al humanismo, la política de los privilegios y de las encomiendas, la más rabiosa oposición de las derechas para educar y enaltecer a la irredenta masa de color bronceado.

Pugnaba entretanto nuestra máxima figura liberal por darle fin a lo escolástico, sosteniendo que “sólo la instrucción pública destruye los errores y prepara el triunfo de la razón y de la libertad. Nada omitiré para que se propague bajo los principios que la ley establezca. No hablo aquí de la educación culta y esmerada que exige grandes establecimientos literarios, sino de la sencilla educación popular, que es el alma de las naciones libres”.

Consecuente con sus ideas a este respecto, ya como Jefe del Estado de Honduras, o como Jefe del Estado de El Salvador, o como Presidente de la Federación, dio Morazán poderoso impulso a la enseñanza, estructurándola en un sentido francamente democrático. Decretos como los suyos sobre instrucción pública, todavía en esta época y en países más avanzados, siguen siendo discutidos por las derechas reaccionarias, que quisieran devolver la educación del pueblo al cuidado de la teología.

Pero esto no quiere decir que fuese Morazán hombre sectario, porque decretaba al mismo tiempo —¡y hacía que se respetase!— la libertad absoluta de pensamiento y de conciencia. Deseaba que sus conciudadanos pudieran opinar en todo instante, de palabra y por escrito; pero el clero y los conservadores o *serviles*, valiéndose precisamente de la libertad, hacían todo lo posible por acabar con ella y sembrar el desconcierto.

¿Ley del matrimonio civil y del divorcio? Ni el arzobispo Casaus y Torres, ni el fatídico marqués de Aycinena, ni la pudibunda aristocracia de la vieja capital, podían tolerar semejante escándalo. ¡Y quedó bautizada esa legislación con el apodo denigrante de “la ley del perro”!

¿Peste del cólera morbus? ¡Culpa de los herejes o *fièvres*, “castigo de Dios” por lo que el pueblo estaba tolerando! Y como el arzobispo y el marqués estaban dispuestos a servirse incluso de las grandes masas indígenas, ignorantes y fanatizadas, para que fracasara el pensamiento morazánico y se derrumbase la Federación, divulgaron entonces

la noticia de que una monja, hermana de Aycinena, “estaba en relaciones íntimas con el Supremo Hacedor”.

“Para convencer a los indígenas de que tales relaciones eran ciertas —escribí en mi “Elogio de Francisco Morazán”, México, D. F., 1942— “se sacaban y se distribuían copias de la correspondencia que Nuestro Señor y la monja se cruzaban, a fecha fija, incitando al pueblo a la revuelta; pero aparte de comprobarse la complicidad de aquellos personajes —marqués y arzobispo— en tan extraordinaria forma de propaganda, vino también a resultar que ni Dios ni la tumultuosa santa de Aycinena, a juzgar por la correspondencia que cayó en poder de las autoridades, se preocupaban poco ni mucho por emplear las reglas más elementales de la ortografía”.

Y agregué más adelante en ese mismo ensayo: “Era mucho, sin embargo, era demasiado lo que Morazán pugnaba por hacer en Centro América.

“No solamente abolía la recaudación de diezmos, dejaba en suspenso el pago de primicias y ordenaba la desamortización de los bienes eclesiásticos.

“No solamente legislaba, al mismo tiempo, en el sentido de que los dueños de la riqueza contribuyeran, en forma adecuada, a los egresos de la administración pública y al mejoramiento de las grandes mayorías desposeídas.

“No solamente luchaba, pues, contra los hijos de la Catedral, enemigos de la República, contra los conservadores y los “nuevos ricos”, sino que también tenía que haberse las con los odios y con las pasiones de sus propios partidarios; con el rompimiento a muerte de sus mejores amigos y colaboradores —Molina, Gálvez, Barrundia—; con la rivalidad de las ciudades; con los rencores, en fin, de unos Estados contra otros, y de criollos contra mestizos”.

Había comenzado para Centro América su largo periodo caótico, del que se aprovechaban nuestras clases parasitarias, a la sombra de lujosos palios bordados por virtuosísimas beatas rezadoras.

Al ritmo majestuoso de los *tedeums* con mucho olor de incienso y de pecaminosos perfumes entre sedas y encajes.

A la consigna de cantar el *paternoster*, para que Dios ayudara a las hordas desafortunadas del jefe indígena de Matquescuintla, Rafael Carrera, el bárbaro chacal en quien encontraron su más idóneo instrumento los altos jefes de la reacción.

Al repique ensordecedor de muy viejas pero sonoras campanas, cada vez que el carnicero ganaba distancia, de pueblo en pueblo, para llegar a Guatemala.

Morazán, entretanto, en un esfuerzo supremo para unir a los hombres de vanguardia, para fortalecer a los partidos liberales, los llamaba a la cohesión, haciendo ver la urgencia “de acabar con el mezquino interés privado, con la in noble avaricia de los que no ven, de los que no quieren ver en el orden actual de las cosas, sino la ruina y el exterminio de sus antiguos e inmoderados privilegios”.

Pero ya no puede el gran caudillo, en 1839, con la fuerzas cada vez mayores que se oponen a su obra. La situación se agrava pavorosamente en Guatemala, donde Gálvez y Barrundia, inconscientes del peligro que les rodea, no hacen otra cosa que fortalecer, con sus polémicas y con sus divisiones, a la muchedumbre aborigen dirigida por “el jefe” Carrera.

¡Viva el arzobispo y los jesuitas! ¡Que se derogue la “ley del perro”! ¡Que se persiga sin merced a los herejes! ¡Abajo Morazán!, a quien el “ingenio” de los *cachurecos* le aplicaba el mote de Chico Ganzúa.

Tales son los gritos y postulados de los facciosos (en México se les llamaría cristeros o sinarquistas), que operan y se multiplican en Mataquescuintla, en Santa Rosa, en otros pueblos del oriente guatemalteco.

¡Y triunfaron a la postre los *serviles*, los privilegiados, los aristócratas, los criollos y el arzobispo, con el degollador Carrera, indulgenciado y convertido en benemérito, a la cabeza del Gobierno!

¡Piadosas damas, con grande apremio y con la aprobación de sus maridos y familiares, le habían bordado a “Su Excelencia” diversas clases de cojines y de almohadones, para que al “Instrumento de Dios” no le pareciese en exceso dura la silla presidencial de la época de la colonia!

Desde ese momento Morazán estaba perdido. Su lucha militar, siempre victoriosa, se había prolongado durante casi doce años. Mas con el triunfo final de los “cachurecos”; con el derrumbamiento de la Federación, subdividida por tropicales odios, ambiciones y rencillas en cinco pequeñas parcelas —países que actualmente se recorren en media hora de aeroplano—; apoyado únicamente por el pueblo salvadoreño, ya no pudo más aquella luminosa figura, y prefirió tomar el camino de la expatriación.

En abril de 1840 salió de El Salvador y embarcó hacia el sur, estableciéndose con su familia y con algunos de sus más fieles partidarios en David; pero nunca olvidó sus deberes ni su responsabilidad hacia la patria. Siguió laborando por rehacer la Unión de Centro América. Estuvo en el Perú con ese fin. Y cuando le llamaron de Costa Rica para

que fuese a derrocar al dictador Carrillo, allí se presentó sin dilación, venció al tirano patriarcal y lo eligieron Presidente (15 de julio de 1842), dándole además los diputados, por unanimidad de votos, el título de Libertador de Costa Rica.

Ocho semanas escasas habían transcurrido, cuando el 15 de septiembre, aniversario de nuestra fácil independencia centroamericana, fusilaban los enemigos del progreso, en la capital costarricense, al prócer humano y humanista que pudo haber evitado, uniendo de nuevo y forjando a Centro América en una sola nación, gran parte de los males que en el curso de cien años hemos tenido que sufrir.

Murió como tenía que entrar en la inmortalidad un hombre de su talla: estoica y valerosamente, “sin permitir que le vendaran los ojos, dando él mismo las órdenes de mando a los soldados que lo fusilaron”.

Sin embargo, el espíritu de Morazán brilla con luz más poderosa cada día, a pesar de nuestras luchas civiles, y de las pasiones desatadas, y de la fuerza que han tenido en sus manos, en diversas épocas de nuestra historia, los incapaces, los mediocres y ciertos “eminentes jurisconsultos” al servicio de Wall Street, debajo de cuyas chisteras o bombines “el talento es peste”

Poco antes de que lo mataran se dirigió el prócer a la juventud, a las generaciones venideras, a los hombres justos que pudieran y quisieran ver con claridad el destino común de los cinco pueblos que forman la gran patria centroamericana.

Su voz, a cien años de distancia, se oye como más clara, como más profunda, mucho más fuerte.

Es el suyo un grito de alerta para que abramos los ojos frente al peligro de dominación extranjera, enemiga de nuestra nacionalidad unificada.

Es como una imprecación contra los políticos irresponsables, llenos de ambición y de soberbia, que bien deseaban seguir medrando, con la riqueza material y con la dignidad de Centro América, en calidad de amos y señores de sus explotadas y escarnecidas parroquias.

Sus últimas palabras de fe y de optimismo, cuando ya se encontraba al borde del sepulcro; su ideario avanzado, como el de otros varones de aquella época, entre ellos el sabio José Cecilio del Valle; lo que hicieron o escribieron hombres como Gálvez, Barrundia, Cabañas, Jerez, Juan Rafael Mora y demás personajes, en el transcurso de varias generaciones, con su indiscutible gran altura moral e intelectual; todo eso que podría figurar en esta época entre

los postulados de la Carta del Atlántico; y las altas y bajas que no pudieron evitarse, y la sangre derramada, es la contribución de Centro América a la causa democrática mundial, pero también a la suya propia, sin tiranías ni despotismos, que sólo subsisten en aquellos pueblos por la presión que allí continúa ejerciendo el capital monopolista de las grandes potencias.

Nos legó Morazán la herencia de su ideología, de su sacrificio, de su afán de progreso, de su desinterés y de su bondad emocionantes. Repitamos que su voz, y la de los hombres que le rodeaban, es hoy más fuerte que hace un siglo.

Y mucho más fuerte con la experiencia adquirida, con la radio, con los servicios cablegráficos de publicidad, con los aviones, con lo que dicen Mr. Roosevelt y Mr. Wallace.

¡Más fuerte, además, esa repetición o ampliación del pensamiento de nuestros libertadores, que el pensamiento filosófico de los enciclopedistas, cuando únicamente surcaban el océano de los barcos de vela!

Tocante a Morazán, hecho su cuerpo polvo en la tierra, pero luz de faro su inmensa labor de mártir y de apóstol, pareciera que lo estamos viendo y que lo estamos escuchando. Y oímos también la protesta de aquellos que siempre hablan de la “falta de preparación del pueblo” para regir sus destinos y para mejorar su condición social y económica.

¡No se equivoquen los que no han querido darse cuenta de esta nueva “psicosis” de transformación mundial!

¡No se equivoquen los que subestiman tantos sufrimientos y dolores, tantas vidas cercenadas, tanta lucha por la libertad y por la democracia!

Eso ha formado una conciencia. Eso ha robustecido el “clima” de los primeros años del siglo XIX. Eso explica, en parte, lo que ocurre contra el despotismo en aquellos pequeños países centroamericanos, a pesar de lo que digan y proclamen quienes, por darle mayor importancia al “pensamiento puro” que a la realidad histórica, acusan a nuestros compatriotas de no estar preparados.

¿Preparados? No conocerá pueblo la humanidad antigua o la moderna, alfabeto o analfabeto, del cual pueda decirse que anda cojo de preparación, para que le traten los de arriba con honradez y con justicia.

Los que no están preparados son los otros: los enemigos natos de la democracia; las castas privilegiadas, que desean conservar *su libertad* para explotar al prójimo; los *vaticanistas anticristianos*; los militares y los déspotas, que confunden su oficio con el de asaltar la ley, fusilando por

parejo a quien se les ponga por delante. Los pueblos, entretanto, tan calumniados y tan difamados, pecan más bien de nobles y de generosos.

Así ocurrió en España al caer la monarquía. Así también con el triunfo del Frente Popular en 1936. ¡Júbilo, celebraciones, piedad y perdón para el vencido! Mas en breve plazo la reacción y la traición, los que no saben ni quieren vivir la democracia, dieron al traste con ella y ahogaron en sangre a un pueblo al que Hitler, Mussolini, Su Santidad y el Mikado señalaban como *rojo* y disolvente.

Lo mismo acaece también en Centro América en estos mismos días (agosto de 1944): la caverna de militares, los políticos inescrupulosos y parte de las clases poseedoras de Guatemala y El Salvador, en connivencia con el gran capital monopolista extranjero, empiezan a provocar con sus ametralladoras, su fuerza económica y su poder político, a los partidos populares. Estos sólo piden, sin rencores ni violencias, libertad efectiva para que puedan triunfar sus candidatos; es decir, para que la civilización y la cultura tomen el sitio de la incapacidad, del crimen y de la barbarie.

¿Triunfarán las minorías parasitarias, o se impondrán al fin los pueblos en esos dos países? De lo que allí suceda depende el porvenir de Honduras, de Nicaragua y aun de la democracia en Costa Rica, *constantemente amenazada por los que le tienen miedo al comunismo.*

Pero ya se ha repetido que el mundo está en "psicosis" de transformación social. Y en esas condiciones, sin nuevas formas de apaciguamiento, luchando decididamente, los hijos del *demos* saldrán a la postre victoriosos de tanto dolor y de tanta iniquidad.

Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A.,
Avena 102, México 13, D. F. en septiembre de 1979.
Se tiraron 10.000 ejemplares.

TOMO IX:

81. Víctor Massuh, HOSTOS Y EL POSITIVISMO HISPANOAMERICANO. 82. J. Natalicio González, AMERICA EN EL MUNDO DE AYER Y DE HOY. 83. Eduard Kamau Brathwaite, LA CRIOLLIZACION EN LAS ANTILLAS DE LENGUA INGLESA. 84. José de San Martín, PROCLAMAS. 85. Luis Cardoza y Aragón, GUATEMALA. 86. José Enrique Varona, CUBA CONTRA ESPAÑA. 87. Luis Alberto Sánchez, EL PERUANO. 88. Waldo Frank, NECESITAMOS CREAR UN MUNDO NUEVO. 89. Leopoldo Zea, NEGRITUD E INDIGENISMO. 90. Mariano Picón Salas, AMERICAS DESAVENTURADAS.

TOMO X:

91. Daniel Rodríguez, LOS INTELLECTUALES DEL IMPERIALISMO NORTEAMERICANO EN LA DECADA DE 1890. 92. Antenor Orrego, LA CONFIGURACION HISTORICA DE LA CIRCUNSTANCIA AMERICANA. 93. Ernesto Mays Vallenilla, EL PROBLEMA DE AMERICA. 94. Bartolomé Mitre, LA ABDICACION DE SAN MARTIN. 95. Antonio Melis, MARIATEGUI, PRIMER MARXISTA DE AMERICA. 96. Carlos Arturo Torres, IDOLA FORI. 97. Pablo González Casanova, INDIOS Y NEGROS EN AMERICA LATINA.



RECTOR

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea.

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Leonel Pereznieta Castro

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD

Lic. Elena Jeannetti Dávila

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA

Dr. Efrén C. del Pozo.